

## CAPITULO LXXIX.

Cárlos I en Yuste.—Verdadera vida que allí hacia.—Su última enfermedad, su muerte y sus funerales.

La gran importancia de la figura de Cárlos I en la historia, no nos permite prescindir de dar algunas noticias acerca del último período de su vida que empezó con su entrada en el monasterio de Yuste, para no terminar sino con su muerte; y deseosos de no interrumpir en lo sucesivo la narración de los importantes sucesos que en el reinado de Felipe II tuvieron lugar, antes de referirlos, juzgamos conveniente dedicar un capítulo á dar una ligera idea á nuestros lectores de la clase de vida que llevaba el ilustre monje.

Sandoval, Estrada, Sigüenza, y con ellos todos los historiadores españoles; Robertson, Seti y la totalidad de los extranjeros, están conformes en afirmar que desde la entrada de Cárlos en el monasterio hasta su fallecimiento, no volvió á ocuparse de cosas terrenales ni á pensar mas que en la salvación de su alma, y en conseguirla por medio de ayunos, oraciones y penitencias tan duras, que al decir de algunos, hubo de gastar macerando su cuerpo, las correas de unas disciplinas que despues legó á su hijo.

No con tanta conformidad en los detalles, pero casi unánimes en cuanto al fondo del asunto, refieren tambien que haciendo las exequias por sus padres y la emperatriz su esposa, ocurriósele la peregrina idea de celebrarlas igualmente por él, y aprobado el pensamiento por su confesor, el P. Juan Regla, «chizo erigir un catafalco en la iglesia del convento, donde acudieron sus criados en procesion funeraria con cirios negros, siguiéndolos él envuelto en una mortaja. Tendido con mucha solemnidad en un féretro se cantó el oficio de difuntos. Cárlos unia su voz á los que oraban por el reposo de su alma. Púsose fin á la ceremonia, rociando, segun costumbre, el féretro con agua bendita, y retirándose todos, se cerraron las puertas de la iglesia (1).»

El historiador de las guerras de Flandes, tantas veces citado por nosotros, dice, que comunicado por el Emperador su pensamiento á Fr. Juan Regla, este lo aprobó disponiéndose todo para el efecto y prosigue de esta manera: «veis aquí que en el templo se levanta la mole del túmulo, encienden en él hachas, cercánle con luto los criados, celébrase la misa de difuntos con el triste canto de los monjes: él, vivo en su entierro, miraba en aquellos oficios imaginarios las verdaderas lágrimas de los suyos; oía el lamentable canto de los que imploraban para él plácido descanso en las felices moradas, y pedia él mismo para sí, sufragios mezclados con los cantores. Hasta que llegándose al que sacrificaba y entregándole la hacha encendida que él tenia, levantados los ojos al cielo: «Yo, dice, ¡oh! Arbitro de la vida y de la muerte, te ruego y suplico que, como el sacerdote toma esta cera que te ofrezco, así tú recojas benignamente en tu seno y brazos esta alma encomendada en tus manos siempre que quieras.» Entonces, cubierto como estaba con un largo luto, se tendió en el suelo, y renovándose las lágrimas de todos los presentes, le lloraron como á enterrado, con el último lamento... (2).»

La mayoría de los escritores mencionados atribuyen á la austeridad de su vida y á la impresion que sus exequias debieron producirle, la enfermedad que acabó con la existencia de Cárlos, así como tambien en asegurar el completo olvido á que dió todos los negocios temporales.

Parece que siendo tan unánimes y de tanta valía los testimonios, la cosa no habia de ser puesta en tela de juicio, y sin embargo, han bastado la sana crítica y los detenidos estudios é investigaciones de un solo historiador moderno, el Sr. Lafuente, para dar al traste con el castillo de naipes levantado por la imaginación y la credulidad de aquellos escritores y basado sin duda, segun este manifiesta, en la relacion que de la vida del Emperador en Yuste escribió en 1538 Fr. Martin de Angulo, prior que habia sido de dicho monasterio; cuya relacion escrita, por mandado y á gusto de la princesa D.<sup>a</sup> Juana, regente de Castilla, tiene la veracidad que puede suponerse en un escrito con tales condiciones redactado.

Lafuente con datos irrecusables, tales como la correspondencia auténtica del Emperador, existente en el archivo de Simancas, prueba que no solo no se aisló del mundo Cárlos I, sino que en todo y para todo era consultado, y que todo lo dirigia desde su retiro.

En la imposibilidad de reproducir aquí todos cuantos documentos en su apoyo cita, nos limitaremos á consignar los párrafos de algunas de las cartas de la mencionada correspondencia.

Tratábase de la incorporación de la Navarra francesa á España á cambio del ducado de Milan, y consultado sobre ello el Emperador, despues de manifestar á su hija la princesa Juana, regente de Castilla á la sazón, la forma con que en su opinion debia verificarse el cambio, terminaba su carta diciendo: «Y avisarme ha de la última resolución que se tomará, para que, vista aquella, pueda avisar de lo que sobre ello me ocurre, y mira que haya en este negocio secreto, que se ponga en Navarra todo el buen recaudo que conviene.»

Escribia tambien al arzobispo de Sevilla aconsejándole que ayudase con dinero á Felipe en la guerra contra Francia, «porque demás de que cumplireis con lo que debéis y sois obligado, me hareis

(1) Robertson, *Historia del Emperador Cárlos V*, lib. XII.  
(2) Estrada, *Guerras de Flandes*, Década I, lib. I.

en ello, y en que lo hagais con brevedad, particular placer y servicio, porque de otra manera, ni el Rey dejaría de mandallo proveer con demostración, ni yo de aconsejárselo.» Y como el Papa tratase por entonces de excomulgar á su hijo, escribia al secretario de este, que, «pues el Pontífice estaba tan mal aconsejado y no se daba á partido, forzoso seria usar del último remedio.»

Que tampoco estaba tan apartado como suponen de los gozes y pompas mundanas, lo prueba el que el número de sus criados se elevaba á sesenta, y el mobiliario y efectos estaban apreciados en 3.615,294 maravedises; y mas que estos dos datos, lo á pechos que tomó el que habiendo llegado una flota de las Indias con dinero para el Monarca y sumas respetables pertenecientes á particulares, y dando orden Felipe para que nada se abonara á estos y quedase todo en poder de su factor general, los oficiales de la casa de Contratación de Indias de Sevilla hicieran contra lo mandado algunos pagos á diferentes comerciantes. De la irritación que esto produjo al Emperador, puede juzgarse por las siguientes líneas:

«Hija, decía á la princesa regente, cuando yo aquí supe que Rui Gomez era llegado allá, yo estaba para escribiros sobre esta negra suelta de este dinero que estaba en Sevilla, y dejé de hacer hasta ahora, así por saber dél si era posible que fuese verdad tan gran bellaquería como esta, como por ver si con el tiempo se me pasase la cólera que desde que lo supe he tenido, la cual por ser tan justa, no solamente no me pasa, mas cada dia se me acrecienta mas, y se me acrecentará hasta que yo sepa que los que tienen en ello culpa lo remedien de manera que el Rey mi hijo no venga á recibir el afrenta que recibirá, si no se remedia, y muy de veras, y de raíz y muy presto.»

Respecto al asunto de las exequias, aunque las pruebas por la naturaleza del hecho no pueden ser positivas, las negativas que existen, fundadas en que ni en la correspondencia del Emperador, ni en las cartas de Luis Quijada su mayordomo y confidente, del secretario Martin de Guaztelu, ni de ninguna de las personas allegadas á aquel, se habla de tan importante hecho, ni aun someramente, tienen bastante fuerza para suponer con grandes visos de acierto, que semejante ceremonia no tuvo lugar, ni por consiguiente, pudo ser parte á contribuir á la muerte del Emperador.

La verdad, respecto á la vida que este llevó en Yuste, es que consagraba el tiempo que los negocios le dejaban libre, á ejercicios de piedad y pláticas religiosas con su confesor, con el predicador Fr. Francisco de Villalva ó con san Francisco de Borja, aquel duque de Gandía que se retiró del mundo afectado por el espectáculo de la descomposición del cadáver de la emperatriz Isabel; y que en mayo de 1558, renunció por completo en su hijo Felipe el poder que si no en ejercicio, conservaba aun de derecho, é hizo que le trajeran nuevos sellos sin insignias ni distintivos régios, y dando orden de que en adelante se le tratase como á un simple particular.

La enfermedad que terminó la existencia del Emperador en veinte y dos dias, fueron unas calenturas ocasionadas por haber comido al sol en una azotea del monasterio, segun se desprende de las cartas del mayordomo Luis Quijada y de las relaciones enviadas por los médicos á Felipe. Aunque la dolencia no presentaba al principio carácter de gravedad, parece como que Cárlos tuvo presentimientos de su próximo fin, pues á los dos dias de sentirse indispuerto, hizo testamento, dos despues, confesó y recibió el Viático, y ya no cesó de entregarse á meditaciones y prácticas religiosas, hasta exhalar el último suspiro.

Acerca de este último acontecimiento, véase lo que escribia Luis Quijada al secretario Juan Vazquez de Molina:

«Ilustre señor: A las dos despues de media noche, fue Nuestro Señor servido llamar para sí á S. M., tan como cristiano como siempre lo fue; jamás perdió la habla, ni el conocer, ni el sentido, hasta que dió el alma á Dios, y conhortándose con lo que él era servido hacer, y esto diciéndolo á todos, y poniendo las manos y escuchando á los frailes que le hablaban de las cosas que en tal tiempo se suele hacer, y pidiendo: «decidme tal salmo, y tal oración, y tal letanía:» y cuando quiso espirar lo conoció, y tomó el Crucifijo en la mano, y se abrazó con él hasta legallo á la boca, y pidió tambien que le tuviesen allí candelas benditas, y que las encendiesen, y estaba tan en sí que se tomaba el pulso, y meneaba la cabeza como á manera de decir: «No hay remedio, etc. (1).»

Falleció el Emperador el dia 21 de setiembre de 1558.

Su cadáver fue enterrado conforme á su deseo bajo el altar mayor del monasterio, y aunque el corregidor de Plasencia presentóse allí para reclamarlo y aun le hizo exhumar y reconocer, consintió al fin en que quedara en el convento, si bien en calidad de depósito.

En Yuste, en Valladolid, en Roma y en Bruselas, se celebraron exequias solemnísimas por el eterno descanso de Cárlos de Austria, descollando entre todas, las que en el último punto le hizo su hijo Felipe II, á quien llenó de dolor una pérdida que le privaba al par del cariño de un padre y del apoyo de un discretísimo consejero y de un auxiliar poderoso.

(1) Archivo de Simancas, Estado, Legajo 128.



BATALLA DE SAN QUINTIN

## CAPITULO LXXX.

Guerra entre Paulo IV y Felipe II.—Van en auxilio de aquel los franceses y son rechazados por el duque de Alba.—Hácese general la guerra.—Batalla de San Quintin.—Paz con el Pontífice.

«Aun desmembrado el imperio de Alemania de la herencia de Carlos V, quedaba todavía Felipe, el soberano mas poderoso del mundo, porque él poseía en Europa los reinos de Castilla, Aragon y Navarra, los de Nápoles y Sicilia, Milan, Cerdeña, el Rosellon, las Baleares, los Países Bajos y el Franco Condado; tenía en las costas occidentales de Africa, las islas Canarias y se reconocía su autoridad en Cabo Verde, Oran, Bugía y Tunes; en Asia las Filipinas y una parte de las Molucas, y en el Nuevo Mundo los inmensos reinos de Méjico, Perú, Chile, y las vastas provincias conquistadas en los últimos años de Carlos V, además de Cuba, la Española, y otras islas y posesiones de aquel grande hemisferio. Su matrimonio con la reina de Inglaterra ponía en su mano la fuerza y los recursos de aquel reino. De modo, que no es extraño que se dijese que jamás se ponía el sol en los dominios del rey de España, y que al menor movimiento de esta nacion temblaba toda la tierra.»

Con tan gráficas como concisas frases describe uno de nuestros mejores historiadores, tantas veces citado por nosotros, la situación de Felipe II en el momento en que la sucesiva serie de abdicaciones del Emperador su padre, de las cuales hemos dado cuenta en otro lugar, le hacia dueño de casi todos los dominios de este. En el transcurso de nuestra obra tendremos ocasion de ver si la conducta de Felipe correspondió á lo que del dueño de tan numerosos estados y del sucesor de tan famoso Monarca habia derecho á esperar, y desde luego reanudaremos la narracion de sus hechos, á partir de su estancia en Flandes, donde le hemos dejado para referir las vicisitudes de la vida del Emperador en Yuste.

El papa Paulo IV, que como sabemos estaba naturalmente predispuerto en contra de Felipe, animado por sus parientes los Carrañas, enemigos declarados de los españoles, y por el eficaz auxilio que se prometía de los franceses, con quienes tenia concertado partir el reino de Nápoles despues de arrancarle del poder de España, no vaciló en romper la tregua de Vaucelles y comenzar de nuevo las hostilidades.

Acudió prontamente en su auxilio el duque de Guisa con un ejército de veinte mil hombres, y franqueando los Alpes, á pesar de los rigores de la estacion pues era en el invierno de 1557, apoderóse de varios puntos que los españoles tenían ó sin guarnicion ó con gente escasa y mal apercebida, y llegó á Roma donde hizo una entrada tan solemne y fastuosa, como las de los antiguos triunfadores de la Ciudad eterna.

No tardaron los hechos en probar lo intempestivo del alarde, pues como ni el Pontífice, ni algunos príncipes italianos comprometidos en su causa, proporcionaran el número de tropas que se habian obligado á mantener en pié de guerra, surgieron de aqui las cuestiones y los retardos, y cuando el de Guisa, abandonando la nueva causa, pensó en poner sitio á Civitella del Tronto, encontró tan apercebidos á sus defensores que, rechazando los primeros ataques, dieron tiempo á que acudiera en su socorro el duque de Alba y obligase al francés á levantar el cerco tres semanas despues de haberle emprendido, y á pronunciarse decididamente en retirada.

Marchó tras él Alba, y obrando como capitán prudente y experimentado, lejos de aceptar batalla cuando se le ofrecía ni menos de presentarla como le aconsejaban, contentóse con matarle cuanta gente pudo en parciales combates y escaramuzas, y dejó que las enfermedades, los apuros y las desavenencias se encargaran de terminar la obra que un descalabro por su parte, hubiese podido malograr.

Y no salieron fallidas sus esperanzas. El duque de Guisa, al ver que no recibía los auxilios que por parte de sus aliados tenía derecho á esperar; al ver que no recibía tampoco socorros de los suyos, y que el estado sanitario de su ejército dejaba mucho que desear, se desataba en denuestos contra aquellos y pedía continuamente á su Monarca que, ó le enviara los refuerzos necesarios, ó le permitiera volver á Francia, y consumía en tanto su gente y su reputacion en pequeños encuentros, y reducido á no poder intentar empresa alguna ni comprometer á librar batalla á su mañoso adversario.

Habíase entre tanto realizado grandes y belicosos preparativos por una y otra parte. Ganoso Felipe de acreditarse y demostrar al mundo que era digno de ceñir la corona de Carlos I, hizo con inaudita actividad levantar tropas en España, en Flandes, en Hungría y en Alemania, y marchó él mismo á Inglaterra, donde se mostró tan mañoso y político que consiguió unir á su causa á los ingleses, y que dieran estos un contingente de ocho ó diez mil hombres á las órdenes de lord Pembroke, que debían incorporarse á los ejércitos de Flandes.

Regresó á este punto y uniendo la gente que traía á la que allí por su mandato estaba reunida, nombró para dirigirla al duque de Saboya Filiberto Manuel, de inteligencia acreditada y que no tardó en confirmar con hechos el acierto con que Felipe habia procedido al elegirle.

Combinóse el plan de campaña que pareció mas conveniente, y para ponerlo en práctica simularon los españoles querer dar asalto á la plaza de Mariemburg, y no bien lograron su objeto, que era

llamar hácia este punto la atención de las fuerzas enemigas, dieron sobre San Quintin, ciudad fronteriza también á Flandes, y cuyo guarnecimiento habian descuidado un tanto los franceses, así por su natural fortaleza, como por no esperar un ataque de esta parte.

A la primera acometida se apoderaron los españoles, al mando de Julian Romero y Navarrete, de los arrabales de la ciudad, y pronto hubiesen dado fin á su cometido si el almirante Coligny, arrojando los mayores riesgos, haciendo prodigios de valor y perdiendo gran número de soldados, no hubiera conseguido meterse en la plaza con un buen golpe de gente.

Retrasó esto la toma de la ciudad y dió tiempo á que acudiera Montmorency en su socorro con diez y ocho mil hombres, diez piezas y un escogido cuerpo de individuos de la nobleza; preparáronse los de fuera á impedirle el paso, y habiéndose adelantado Andelot, hermano de Coligny, con ánimo de reunirse á este, trabóse un reñido combate cuyo término fue conseguir el francés su objeto, mas con tan grandes pérdidas y dejando tan comprometido el resto del ejército, que dando sobre él el conde de Egmont por orden de Filiberto, con la caballería, y con la infantería el mismo duque de Saboya, le hicieron sufrir la terrible derrota que se conoce en la historia con el nombre de San Quintin, y que tuvo lugar el 10 de agosto de 1557, día de san Lorenzo. El condestable Montmorency, el mariscal Saint-André, los duques de Montpensier y Longueville, trescientos nobles mas y cinco mil soldados cayeron en poder de los españoles, y las balas y las espadas de estos sacrificaron hasta cuatro mil enemigos, consiguiendo tan señalado triunfo, al que hay que añadir la adquisicion de ocho cañones y cincuenta banderas, con la insignificante pérdida por nuestra parte de solos ochenta hombres, cifra que tendríamos por inverosímil y aun ridícula, si no la viéramos consignada en documentos y escritores que pasan por verídicos, incluso el mismo Lafuente, tan difícil de convencer en otras ocasiones y que en esta no encuentra para oponer objecion alguna.

Deshecho el ejército francés en San Quintin, dos partidos se presentaban á Felipe, que llegó frente á la plaza de Cambrai, donde se hallaba activando los negocios de la guerra, tres días despues de la batalla: ó marchar resueltamente á París, ó estrechar el cerco de aquella plaza hasta obtener su rendicion; al primer plan se inclinaba Filiberto de Saboya, envalentonado con la reciente victoria; al segundo, el Monarca español, que no queria perder lo cierto por correr tras lo inseguro, y que conocía perfectamente lo peligroso que era internarse en el corazón de la Francia pues tenían presente lo que á su padre le sucediera en otra ocasion.

Siguióse, pues, el último partido, y batida en regla la plaza, á pesar del heroísmo de Coligny y sus tropas, á pesar de la habilidad que desplegó en su defensa, el 27 de agosto fue entrada al asalto y sufrió todos los horrores que acompañar solian, y aun suelen, á hechos de esta especie. Coligny y Andelot cayeron en poder de Felipe, si bien el segundo consiguió escaparse, y multitud de franceses perecieron al filo de las espadas, y otros fueron hechos prisioneros.

A la toma de San Quintin siguieron las de Chatelet, que llevó á cabo el conde de AreMBERG, y la de Ham, que rindió el duque de Saboya, y como las mismas sino mayores razones militaban ahora en contra de la idea de invadir la Francia, resolvió Felipe contentarse con lo adquirido, y despues de reparar las fortificaciones de San Quintin y dejando en ella al conde de Abresfem, con las fuerzas suficientes tomó la vuelta de Bruselas para asistir á los Estados que habia convocado, y tratar de hostilizar á Enrique II por otra parte.

La campaña en Italia seguía entre tanto en la forma que mas arriba hemos manifestado, merced á la táctica de Alba, que traía desesperado al duque de Guisa, así es que cuando el monarca francés, en vista de los triunfos obtenidos por los españoles en la parte de Flandes, le llamó para concentrar sus fuerzas en lo interior del reino, apresuróse á acudir y abandonó la Italia lleno de satisfacción, sin detenerse ante el compromiso y desamparo en que dejaba al Pontífice.

Vióse este obligado á pedir la paz, y respetando Felipe en él la dignidad que representaba, no vaciló en concedérsela con tales condiciones que mas que de vencedor airado, parecían de sometido adversario, pues á cambio de la renuncia que el Papa hacia de su alianza con Francia, habia el duque de Alba de ir á Roma á implorar perdon por el descauto de haber invadido los Estados pontificios, sin cuyo acto, que efectivamente tuvo lugar, no sería reconocido Felipe como hijo de la Iglesia y participante de sus gracias. La devolucion de las plazas que uno y otro se hubiesen conquistado, el perdon de los agravios y la mútua restitucion á sus súbditos de los honores, dignidades y cargos que les hubiesen sido quitados con motivo de la guerra, y varios capítulos secretos en que se trataba de las pretensiones é intereses de los Carrañas, principales promovedores del conflicto, formaban el resto de este extraño tratado comprensible solo, dada la calidad de Paulo IV y la religiosidad de Felipe II.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO 23.

TRATADO DE CATEAU-CAMBRESIS.